

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, Agosto de 1955

Núm. 1038

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

Leyenda Feudal - EL Príncipe TEMOR

LA canción guerrera de las trompetas estremecía el castillo, haciendo trepidar sus almenas. Los nerviosos corceles, de pura sangre bretona, sacudían sus crines con vaivenes de impaciencia. Y el puente levadizo rechinaba ya sobre las poderosas cadenas... Gritos, músicas, algabía... preludios alegres de una excursión guerrera, que—como todas las guerras, grandes o chicas—tendría un epílogo de lágrimas.

Desde la torre del homenaje, la noble castellana enviaba con la blancura del pañuelo el último adiós al esposo. Junto a ella, el primogénito, adolescente aún.

—Para qué tanta guerra, madre mía?...

Y en la pregunta del hijo había matices de meditación honda.

—La guerra, hijo mío, es ocupación de nobles y valientes. En ella consiguen los caballeros fama y honra. Por la guerra, el noble conde de Bomarx, tu padre y mi esposo, es el señor más temido de la Bretaña. La guerra será tu palestra cuando seas hombre.

—Madre y señora, yo no deseo ser el más temido de los señores, sino el más amado de los padres. Más que la guerra, sembradora de muerte y odios, amo la tranquilidad y el orden. La religión que de vos he aprendido es religión de amor, religión de paz.

* * *

El rudo conde de Bomarx, curtido en los azares de la guerra, auténtico y genuino señor feudal, no pudo jamás, como su esposa, llegar a comprender a su único hijo. El viejo guerrero sólo tenía un dolor íntimo: aquel vástago cobarde y débil, que ocultaba su falta de valor bajo razones de humanitarismo y sensiblería. Si no se tratara del primogénito, ya tendría el joven su lugar adecuado en una abadía. En verdad que los hábitos monacales parecían haberse cortado para él. Pero el heredero de Bomarx debía suceder a su padre en el señorío feudal. Y el irascible guerrero, herido en su dignidad paterna, se desesperaba amargamente.

—Hubieras debido ser mujer—le dijo una vez con desprecio.

El hijo escuchó la frase paterna, mordaz e hiriente, conteniendo sus lágrimas.

Desde entonces ya no se le conoció por su propio nombre. Le llamaron, en son de burla, «el Príncipe Temor».

* * *

Un abismo cordial se abrió entre los dos. El padre, evitando un recargo en su sufrir, ya no llamaba al hijo cuando las trompas guerreras y el piafar de los caballos anunciaban algarada. Todos le miraban con superioridad. Todos le escarnecían sin hablarle. El joven sufría y callaba. Quizá los robles y las encinas del bosque hubieran podido revelarnos sus secretos, porque a ellos se los confiaba, sin duda, cuando triste y solo se hundía en la espesura.

Un día, ante el foso del castillo, paró su caballo un heraldo ducal. Veinte lanceros le hacían escolta. El clarín de plata enardeció la curiosidad de dueñas y escuderos. Hasta el propio conde de Bomarx acudió a la torre del homenaje.

La voz potente y timbrada del heraldo se dejó oír. Era un pregón de cruzada: el gran duque de Bretaña levantaba sus banderas por la causa del Papa, alistando voluntarios para batir a los enemigos del Pontificado. Llamaba a los valientes, a los audaces, a los sedientos de gloria... Todos ellos tenían un puesto en sus ejércitos.

El joven heredero de Bomarx volvía en aquel momento, caballero en su potro blanco, de su paseo solitario. La voz del pregón le arrancó una sonrisa.

Por la noche se presentó ante su padre, cuando en la sala condal le rodeaban vasallos y soldados.

—Padre mío, solicito vuestro permiso para responder al llamamiento del gran duque.

Risas burlonas detenidas no obstante por la presencia del señor... Señas y guiños entre damas y caballeros... En el conde, sorpresa interrogante. Sólo la madre dejó escapar una lágrima incontenible.

El «Príncipe Temor» continuaba:

—Deseo pelear por la causa de Dios.

Pero su fina penetración le hizo adivinar la ansiedad paterna, y añadió:

—Soldado nuevo y sin ejercicio de armas, no deshonraré con mi torpeza la casa de Bomarx. Las mesnadas bretonas recibirán un voluntario oscuro y sin nombre. Seré, entre todos, solamente un cruzado.

Una pausa angustiosa...

—Ve...—pronunció, al fin, el conde. Y un ademán sin réplica ahogó en germen todo comentario.

* * *

Todavía no empezaba la noche a desabrocharse el manto de terciopelo marino con estrellas, cuando el «Príncipe Temor», montado en su blanco potro, abandonaba el castillo. El pañuelo blanco de su madre le siguió mucho rato. El volvía la cabeza, de trecho en trecho, para responder al único adiós...

Otros ojos le seguían también, sin que él lo adivinara. Escondido tras las almenas, el conde de Bomarx miraba a su hijo único entre asombros, esperanzas y temores. Pero los temores dominaban.

* * *

Fué tres años más tarde cuando los ejércitos del gran duque regresaban victoriosos. Los caballeros de avanzada narraban proezas y heroicidades bordadas con fantasía. Pero coincidían todos en un hecho: el de aquel simple soldado que llegó a ser el héroe de la expedición. El había salvado, en el momento crítico, la vida del gran duque, y cuando el rayo desmoralizador del miedo había comenzado a dispersar el ejército, sólo su entereza y su valentía sin límites habían logrado el milagro de arrastrarlo a la victoria.

—¿Quién es?—preguntaba la curiosidad de todos.

—No lo sabemos. Se alistó sin nombre y sin fama...

También el viejo conde había hecho la misma pregunta, con un temblor de esperanza en el alma.

—Quizá sea un bastardo—le contestaron.

—¿Cómo era?—se atrevió a insinuar la madre.

—Ligero como el viento. Siempre montado en un blanco caballo...

A los dos les golpeó fuerte el corazón.

Más de cien trompetas rompieron el viento con ecos de victoria cuando el gran duque de Bretaña, rodeado de sus valientes, penetraba con aire triunfador en el patio de armas de su castillo.

Más de doscientas femeniles manos agitaron a su paso trofeos de victoria.

Miles de voces llenaron los espacios aclamando al vencedor.

Las campanas colmaban el ambiente de cantos metálicos...

La mano poderosa del gran duque, extendiéndose en medio de la manifestación entusiasta, impuso silencio.

Y comenzó a hablar:

—Fieles vasallos bretones, que aclamáis a vuestro duque, victorioso en la buena causa, rendid conmigo gracias al Cielo por la victoria contra sus enemigos. Pero sabed que el triunfo glorioso lo debéis a un joven soldado desconocido, que bajo mis banderas militaba.

El ademán del duque señalaba a un joven, casi un niño, de apariencia débil, que a su derecha montaba un blanco caballo.

—Dime, te lo conjuro por Dios—y el gran duque se dirigía a él, en presencia de todos—dime quien seas. No temas declarar tu humilde origen; poderes tengo del Pontífice para hacer un noble legal de aquel que ya lo es por sus actos.

El joven había descendido del caballo.

—No puedo, oh, gran duque, negar la respuesta que en nombre del Altísimo se me requiere. Agradezco las honras que me ofrecéis y las mercedes de que me colmáis. No fué un origen indigno el que hasta hoy selló mis labios, sino la falta de méritos personales con que honrar mi linaje. Soy hijo de un poderoso conde de Bretaña, del más temible de vuestros vasallos.. Me llamo Conrado de Bomarx.

Ya no volvieron a llamarle el «Príncipe Temor»...

Y cuando el viejo y belicoso conde de Bomarx entregó en sus manos el gobierno de sus dominios, supieron todos sus vasallos, por dulce experiencia, lo que ya su madre—sólo su madre—había comprendido antes...

Que la guerra puede ser un medio: nunca un fin;...

Y que la dicha en la tierra—la más próxima a la felicidad celeste—no se alcanza sino en la paz.

(De «Ideales»)

pobre la cual metió dos blancas o pequeñas monedas que hacen un maravedí, y entonces, convocando a sus discípulos, les dijo: «En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros, por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba; pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, todo su sustento».

(S. Marcos, XII-41-42-43 44)

I

Reclinada en una cómoda butaca ante una pequeña mesita de azul terciopelo con borlitas de oro antiguo, Julita Martínez Pérez, de López-Rubio, exponía a la admiración de unas cuantas amigas su colección de joyas, muy hermosas y de verdadero valor la mayoría, pues Julita era hija de un opulento banquero y mujer de otro banquero más rico aún.

—Es preciso hacer algo por Dios—decía sacando una linda caja de plata repujada forrada de piel roja y colocándola sobre la mesa.—Aquí tengo una porción de joyas antiguas y piedras desmontadas; me piden algo para un copón que van a regalar y voy a enviar alguna cosilla.

Y con un gesto de reina, abrió la caja volcando su contenido sobre el azul terciopelo.

Un coro de exclamaciones salió de todas las bocas, y las amigas de la dama se acercaron curiosas a las refulgentes piedras que, al ser heridas por la luz, despedían luminosos destellos.

—Mirad esta cruz de esmeraldas: le faltan algunas, pero como tienen que deshacerla, no importa...; y estas turquesas... algunas hay muertas, pero las demás son preciosas..

Y Julita apartó a un lado las joyas que le parecían más a propósito para donativo.

Cuando terminó la selección, volvió las demás a las cajitas y tomando un papel escribió en él con un lapicero de oro rematado por un claro brillante:

«La señora de López-Rubio, para el copón:

Una cruz de esmeraldas, alfiler de turquesas, cintillo de oro con perlas, sortija con tres diamantes tabla, un pendiente con una perla rodeada de chispitas».

—Tú lo llevarás Felicitas,—dijo interrumpiendo la lista y volviéndose a una señora, vestida más modestamente que las demás, que permanecía un poco apartada ocupada en una labor de lana que Julita destinaba para un ropero de caridad..

Felicitas era prima hermana de Julita; reveses de fortuna la habían reducido al punto de tener que dedicarse al ingrato destino, de «señora de compañía», y en los casos en que hasta este recurso le faltaba, iba a comer a casa del rico banquero, en que era recibida con benevolencia protectora, ocupándola en mil faenas domésticas: desde vigilar a los criados, hasta sacar el perrito a la calle...

Felicitas era viuda; buena y sufrida, llena de gratitud por el gran beneficio que sus parientes la dispensaban; se ofrecía gustosa a serles útil, disimulando las asperezas y buscando ocasión de servirles.

Así es que tomó con alegría el paquetito que contenía las alhajas y la lista que su prima le entregaba, y salió del hotel estrechándole dentro de su bolsillo por temor a que se le extrañara.

II

Por primera vez en su vida, Felicitas envidiaba las riquezas de su prima; dar algo para construir aquel copón que iba a contener a Jesús Sacramentado; contribuir a aquella ofrenda... Toda la fuerza sostenía a la pobre viuda que iba a buscarla al Sagrario. Allí había encontrado aquella plácida resignación en medio de la paz interior aquella paciencia inalterable que la hacía desear la Patria, sin impaciencia, pidiendo al Amo divino, a Jesús-Hostia, la enseñara y guiara por el verdadero camino sin miedo a las espinas y con amor a la cruz.

La pobre viuda no poseía ni alhajas ni dinero; el naufragio de su fortuna había arrastrado cuanto de algún valor había en su casa.

Suspirando tristemente subía la escalera de la en que debía entregar las joyas de su prima, cuando, de pronto, una idea hizo palpar su corazón subiendo de éste a su cerebro en una oleada de amor divino.

Poseía dos joyas bien sencillas, pero amadas con ese afecto dulce e íntimo del recuerdo, dos aros de oro sin piedra alguna, con un nombre y una fecha solamente: sus anillos de boda.

Con un movimiento generoso que debió atraer sobre ella una mirada amorosa de aquel Dios, que debía un día ocupar el precioso copón, Felicitas los arrancó de su dedo; los besó y desenvolviendo el paquete los unió a las joyas de Julita.

Poco después, entregaba con tímido ademán el paquetito en manos de los encargados de recibir los donativos.

—¿A nombre de quién?—preguntó uno disponiéndose a extender un recibo.

—De... la señora de López-Rubio—contestó Felicitas.

—Diga a la señora, que Dios se lo pagará—dijo el encargado entregándole el papel.

Y cuando Felicitas bajaba la escalera, sentía una alegría tan pura, tan inmensa en el fondo de su alma, que sintiendo ésta llena de algo celestial que la transfiguraba, se sintió incapaz de volver tan pronto a la superficial tertulia de su prima; y hallando una iglesia abierta, se refugió en ella corriendo hasta el pie del Sagrario, donde permaneció largo rato, conversando en íntimo coloquio con aquel que empezaba ya a pagarla su acto de amor, con un amor, infinitamente más grande que todos los amores terrenos: el amor de Dios.

LAS MIRADAS DE JESUS

«Estando una vez Jesús sentado frente al arca de las ofrendas, estaba mirando cómo la gente echaba dinero en ella y muchos ricos echaban grandes cantidades. Vino también una viuda

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

...Y Jesús de Nazaret, durante los tres años de vida pública, nos enseñó una manera de vivir, adaptando nuestros actos humanos, al fin esencial del hombre.

Los mandamientos de la Ley de Dios, los de la Santa Madre Iglesia, y cuantas normas tienen dadas las autoridades católicas, en cumplimientos de estos mandamientos, habrán de ser cumplidas, extendiendo a todos los aspectos de nuestra vida pública y privada, sus principios religiosos, pues no basta decir: «Señor, señor, para entrar en el Reino de los Cielos».

La moral. He aquí un problema de múltiples facetas.

No tiene solo la moralidad un aspecto, sino que son muy variados los que puede presentar en la vida humana. Aunque en estos días de verano, el calor, las diversiones, las playas, puedan ofrecer una mayor ocasión para que la inmoralidad se aumente en su faceta de deshonestidades, tiene la inmoralidad otras formas, a veces de mayor escándalo y de peores consecuencias.

La religión establece unas leyes, y esas abarcan nuestra vida íntima y pública.

El católico oficialmente, considerado por todos que ven sus actos externos, y que admiran su religiosidad pública, puede dar un gran pecado de escándalo, basado en la inmoralidad de su conducta para con el prójimo, en el aspecto profesional. Sus negocios, pueden, tal vez, ser ni lícitos, ni honrados, y sus beneficios, excesivos, y lo peor, a costa de la miseria ajena. La forma de llegar a un acuerdo con una de las partes contratantes, puede ser de una inmoralidad abusiva, pecaminosa, anticatólica, antihumana también, y contraria, por tanto, a los principios de una religión, que tiene en los labios, pero que olvida al llegar a su despacho, y ponerse en contacto con los intereses humanos. Ese contrato, inmoral a todas luces, hecho, precisamente, en forma leonina, aprovechándose de las circunstancias del otro contratante, que tiene que transigir y aceptar la humillación o la miseria, porque las normas y leyes económicas del momento están en su contra, aunque nunca las de una exacta justicia. Ese aprovechamiento, injusto, inmoral, del que tiene el azar y la suerte en su mano accidentalmente, y abusa de sus circunstancias, es la gran inmoralidad que clama contra toda ley divina y humana. Esa inmoralidad no la cubre ninguna apariencia de actos externos religiosos, sino que la agrava con el escándalo de tan terribles consecuencias.

Y esa misma clase de inmoralidades, puede tener también una mayor gravedad, si las personas que la llevan a cabo, por su estado, por su profesión por las circunstancias de autoridades sagradas, se preocupan de los principios, tal vez pensando, en que el fin es muy loable, y hacen llegar al comentario de las familias, la factura colegial, con conceptos ambiguos, a veces, ridículos, y otras no muy

claros. Todo esto es de gran escándalo y un pecado de inmoralidad que no justifica el fin loable que está, tal vez, en la conciencia de dichas personas.

La inmoralidad, llega, también a las minutas del profesional que no tiene en cuenta las circunstancias de pobreza y miseria de su cliente, que llega a él pidéndole, más por caridad, que por justicia, la ayuda que necesita de sus semejantes, unas veces, para buscar la salud de su cuerpo, otras, para encontrar la justicia que se le niega.

Seamos justos, llevemos la moral, de acuerdo con los principios a cualquier costa. Sacrifiquemos un poco las leyes económicas en beneficio de nuestros semejantes, y sobre todo en beneficio de los principios que nos ha impuesto con la moral católica, que tiene sus leyes fundamentales, basadas en la ley de Dios.

«Ama al prójimo como a tí mismo».

R.

LIMITE

Sea cual sea el camino,
un muro cierra la calle,
para que en toda mi vida
no pueda encontrar a nadie.

Así, viajo solitario,
dentro de mis soledades,
en los límites estrechos
de un callejón miserable.

¡Qué cerca está el horizonte
de ese muro sin paisaje,
que, mire hacia donde mire,
es igual por todas partes!

Y mi vida es eso: un límite
estrecho de actividades,
dentro del pequeño muro
cerrado, que no se abre.

Si estiro un brazo, lo toco,
que, por pequeño, he de estarme
para no tropezar, quieto,
y así, no molesto a nadie.

Así, es mi vida una isla
rodeada por todas partes
de muro, en vez de agua, y solo
para mi vida habitable.

Y Robinsón de esta isla
solitaria e irritable,
sólo veo algo si miro
al cielo, de tarde en tarde.

Hermenegildo Rodríguez

CHARLA

—Amigo Fernando: Vengo a verte para consultar contigo un problema que me está preocupando esta temporada.

—¿Un problema sólo te preocupa?

—Bueno. Muchos son los problemas que la vida plantea, pero a tí vengo a buscar para encontrar una luz en uno de ellos.

—¿Y crees que yo...?

—No me hago muchas ilusiones, pero necesito oír la opinión ajena, escuchar el parecer de hombres de mi tiempo, tal vez, de mis circunstancias...

—Ya empiezo a pensar en algo que no tiene solución.

—Es posible que no tenga solución en estos tiempos en que los valores humanos han sufrido una revolución y como consecuencia de ello, ha salido un absurdo que no podemos aceptar, incluso los que aún no somos viejos.

—Bien. Habla. Plantea el problema que las matemáticas, si lo planteamos bien, pueden resolverlo.

—Creo que fallan todas las asignaturas.

—¿Qué es ello, querido Enrique?

—Pues es el caso, Fernando, que mi hijo ha terminado su bachillerato. Ha pisado las puertas de la Universidad con el flamante año pre-universitario y al recorrer las muchísimas carreras y orientaciones que los estudios le pueden ofrecer, hubo que pensar en lo práctico de la vida, la realidad de su porvenir, que es preciso decidirse por una carrera que pueda solucionarle el problema pavoroso de la vida.

—Buen problema me planteas.

—Pues a eso vengo. A ver tus pensamientos en la realidad. Y a saber qué harías tú de un hijo en estas condiciones. Es buen estudiante. Tiene interés por ser algo. Pero hay carreras y hay carreras.

—Si, unas que dan que vivir y otras que no dan nada.

—Exacto.

—Y a la hora de la verdad hay que decidirse por la realidad de la vida y escoger lo que más convenga y que más pronto pueda producir lo suficiente para enfrentarse con el mundo.

—Y yo he pensado mucho: he meditado, calculado, he hecho números, cálculos de tiempo y meta probable... remota... lejana... de cada una de las carreras que hoy puedan dar algo para vivir con prestigio y dignidad, sin apuros... sin inquietudes...

—Pides mucho. No te hagas ilusiones.

—Pero tú ¿qué harías?

—No me lo preguntes; pues te contestaría uno de esos absurdos de que me hablabas al principio.

—Pero la juventud quiere saber, desea estudiar, quiere ser algo en la vida. Está llena de interés por la ciencia, por la cultura, por el arte, por prestar un servicio a la humanidad...

—Eso lo dices en público, y te aplauden.

—Déjate de bromas. ¿Tú qué harías?

—¿Por qué no me dejas tranquilo y no me das la preocupación de tener que contestarte? ¿No ves que esas preguntas no son ni de Bachillerato? Son de mucha mayor importancia... y de graves consecuencias. Cualquiera opina.

—Tú eres un buen amigo y puedes decirme algo. Exponer tu opinión. Comentar. Hablarme de varias soluciones, varias carreras, soluciones prácticas...

—Tú lo has dicho al principio, cuando me dijiste que en estos tiempos los valores humanos habían sufrido una revolución y de ella salió un absurdo. Y decías bien, amigo Enrique, el estudiante que llega al final después de heroica lucha, se encuentra con el porvenir delante de sí, a las puertas de la Universidad, completamente incierto. Ha de empezar a luchar. Si es un genio, tal vez triunfe después de larga lucha, si es una medianía, estará perdido y habrá de revisar su carrera, archivar sus conocimientos y renunciar a ellos para no

ser nada en la vida y llenarse de desilusión y amargura. Triste camino, pero cierto.

—Entonces, tú crees..

—Yo no creo en muchas cosas humanas que creía de más joven. Me ha desilusionado la vida. Ver triunfar al ignorante, al audaz, al osado, al que no quiso estudiar, al deportista...

—Cierto, cierto...

—Es desmoralizador, pero es así. Si es un genio, que estudie, que luche, que alcance la gloria que la conseguirá. Pero si no es un genio, puedo asegurarte que hoy las medianías tienen mal porvenir en las múltiples carreras que se le pueden ofrecer a ese chico y a muchos chicos más que llegan con ilusión a las puertas de la Universidad.

—Me desilusionas más aún.

—¿Qué te voy a hacer? Me pediste un consejo y estaba como tú. Mientras tenga más éxito en la sociedad y se pague mejor el esfuerzo físico que el intelectual, el mundo no podrá prosperar. Hoy el deporte lo es todo. La cultura ha perdido mucho terreno y la juventud no ve más porvenir que en la cultura física, el culto al músculo, y rechaza el cultivo de las inteligencias, porque pagan poco por ello en esta época de desvalorización humana del gran tesoro de la vida que es la inteligencia. Y ahora que me aplaudan a mí, pero es la verdad.

—¿Qué hago con este hijo?

—Resígnate y dedícalo al deporte si tiene facultades físicas para ello. Y si no, hay negocios de la actualidad muy buenos y que dan mucho rendimiento. Ahí tienes dos carreras, hoy por desgracia, las únicas positivas.

—Terrible panorama para esta juventud que empieza y tiene ilusiones.

—Eso es lo peor: terrible... y cierto.

Don Justo

Comentando

Exito comercial

He visto en estos días, y por cierto que con verdadera satisfacción, que en varios comercios de nuestra muy querida ciudad se forman colas de verdadero kilometraje, para poder penetrar en el interior de cada establecimiento, en su debido orden, a realizar las compras de los objetos que apetecemos, deseamos o nos son necesarios. Esto, no deja de significar, por una parte, el ansia de comprar, y por otra el ansia de vender. Ansia de comprar, al sócate de los baratos que se anuncian y de los géneros que como reclamo se

exhiben en los escaparates; ansia de vender, en los dueños de los establecimientos, que por dar salida a géneros quizás un poco en desuso, quizás algo retrasados, se anuncian a verdaderos precios de derribo.

Pues bien; yo que no me he puesto a ninguna cola ni para esto ni para lo demás; yo que me considero tan comerciante como el primero, veo con desagradable sorpresa que en la puerta de mi casa, que es la de ustedes, no se forman esas, colas, ni cosa que se le parezca. ¿A qué obedece esto?

He analizado varios aspectos de la cuestión, y ninguno de ellos me da la solución que parezca razonable. ¿Simpatías del dueño?... Mal está en mí decirlo, pero, vamos, yo creo que en clase de hombres simpáticos, no creo hacer mal papel. ¿Alta calidad de los géneros ofrecidos?... Yo creo que ellos, igual que yo, y que cualquiera otro negociante de la localidad o del extrarradio, procuramos por todos los medios satisfacer las exigencias de los clientes ofreciéndoles los mejores artículos. ¿Baratura de precios?... Podemos repetir la contestación a la anterior pregunta, aplicándola si no a la calidad, a los precios. ¿Entonces?...

Algo tiene que haber, y esta solución es la que me trae loco. Es que ni por Reyes, que es la época del año más abundante en clientes y en ventas, se nota ninguna anomalía en mi casa. Parece un enigma, un truco de juegos de manos, tan sencillos siempre de resolver, y que, sin embargo, por puro sencillos, se nos escapan de la vista con la máxima facilidad. Claro, que después de saber la solución, nos decimos: ¡Claro!; eso tenía que ser. Pero la realidad, es que en su facilidad se

nos escapa. Y algo por el estilo me tiene que pasar a mí en el asunto que hoy me preocupa.

Tengo algo de prestidigitador, es cierto, y por eso me gusta siempre buscar las soluciones fáciles de los problemas, porque sé que en ellas está el intrínquis, por delicados que estos sean; pero en mi caso, este truco me ha fallado. Si alguien está en condiciones de responderme con seguridad, le agradeceré que lo haga lo antes posible, a mi nombre y domicilio, incluyendo sello para la contestación dándole las gracias. Yo le quedaré eternamente agradecido.

No es que la preocupación me quite el sueño, pero sí he de decir que es molesto eso de ignorar una cosa que puede saberse tan fácilmente. De todos modos, los clientes no formarán cola, pero existen, y yo sigo esperando... la solución del problema.

Hero

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

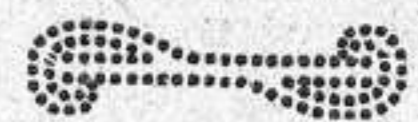
La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.



Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)